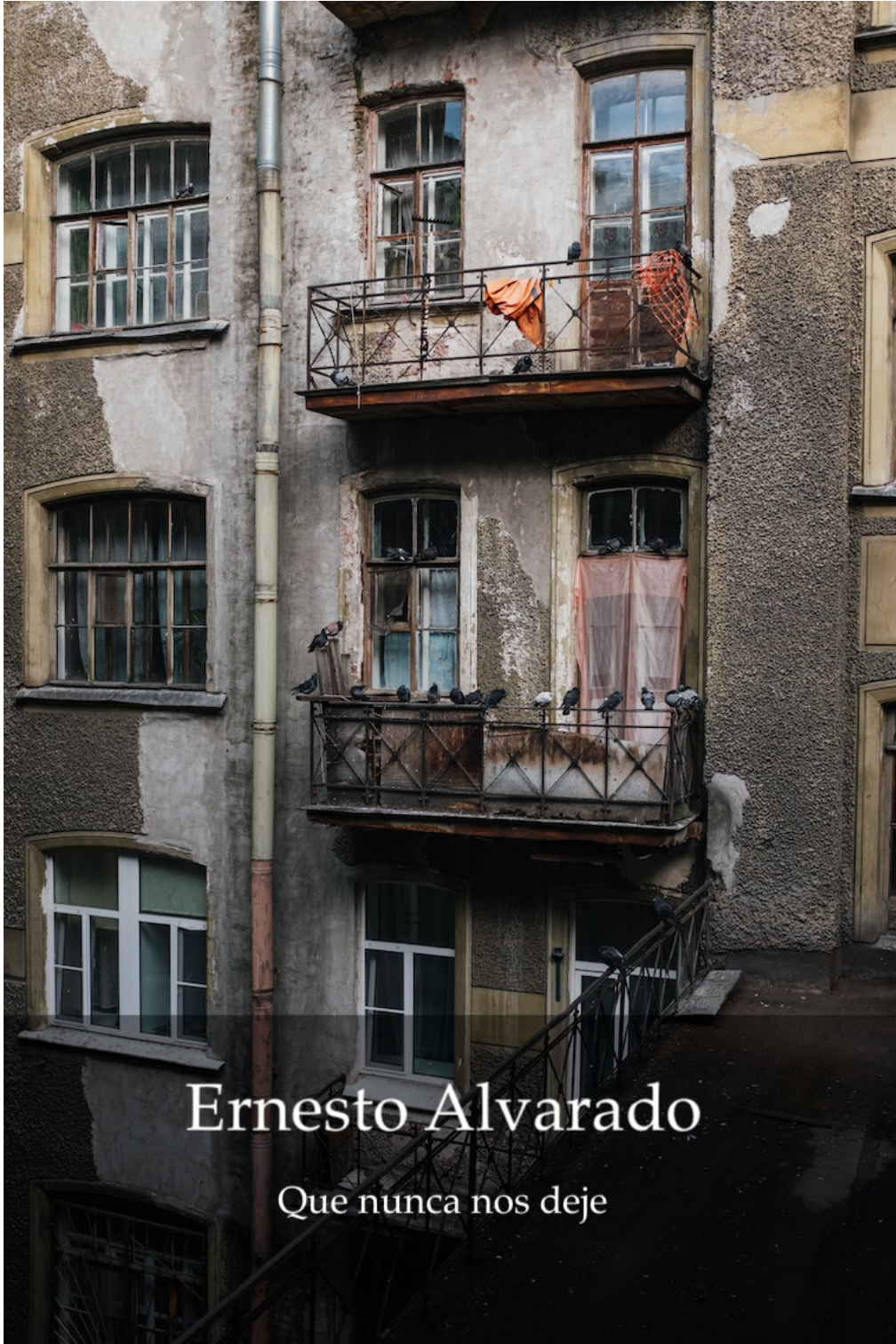


Que nunca nos deje

Ernesto Alvarado



Ernesto Alvarado

Que nunca nos deje

Capítulo 1

—El maldito año se ha ido, y qué— Pensaba Ana bajo las cobijas la mañana del primero de enero.— Todas las redes sociales entregaban parodias y hacían bullicio sobre un año espectacularmente grotesco. Al igual que muchos, Ana había perdido algunos miembros de su familia a causa de la pandemia, y no solo eso, sabía que sus vecinos no tenían trabajo y que su madre todas las noches hacía un esfuerzo por compartirles un poco de la comida que ellas aún podía gozar.

—Donde comen 2, comen 3 o para este caso 4.— Eran las palabras que su madre le repetía todas las noches a la vez que guardaba la entrega dejando ver una calurosa sonrisa, que para el gusto de Ana, no era la misma desde que su padre había fallecido a causa de la enfermedad. —Saldremos de esta, y de las que vengan, ya verás An— continuaba su madre antes de salir con la comida.

Hace un par de meses que Ana había decidido resguardarse en su habitación, se justificaba con el temor que tenía por salir a la calle y contagiarse o peor, contagiar a alguien y provocar que otra familia se quebrara, como la de ella. Sin embargo algunas ocasiones se preguntaba si era solo un pretexto para tratar de borrar al mundo, que a decir verdad, ya no tenía colores. Entendía mejor que muchos la situación a la que nos enfrentábamos. Su padre fue un gran enfermero, el último año fue el primero en la línea de batalla, trabajó jornadas de 14 o 16 horas, había días que ni siquiera a dormir a casa llegaba. Antes de partir al trabajo siempre le recordaba —somos fuertes Ana, y tenemos los cuidados necesarios, confía en mi.— A la vez que le agitaba la mano desde la puerta. Eran de las pocas imágenes nítidas que le quedaban sobre él.

—72 notificaciones sin leer, ja, ¿Para qué leerlos?— Se preguntaba, con un coraje contenido que no sabía como arrancar de su estómago. Aquellas personas que le habían dedicado frases trilladas y entregado sus condolencias, eran las mismas que presumían en sus redes sociales las últimas vacaciones y las fiestas pomposas de fin de año.

—¡Hipócritas!— gritaban sus pensamientos.

—¿Puedo pasar An?—

—Si madre, sabes que no tienes que tocar.—

—Dame un abrazo. Todo pasará.— Le abrazaba fuerte su madre con ojos recién quebrados. —Ya no me sabe a nada, ma. Haz que pare, no sé cómo debo de continuar, estoy muy triste pero también me siento la mujer más enojada del mundo, y no sé si algún día se irá de mi esto. Ya no quiero, ma.— Esas palabras llegaban al corazón de su madre como una descarga eléctrica que va paralizando cada nervio al abrirse paso y terminar partiendo en dos el estómago.

—An, ¿y si me cuentas más?, tal vez eso te pueda servir de fuga, compárteme un poco de ese dolor de tu pecho que a mi también me está quemando. Sentirte revuelta y no poder apoyar a encontrar tus piezas es como estar en una pesadilla y no poder despertar de ella.— La habitación se inundó de un enorme silencio, de esos que se pueden incluso tocar. Siempre era así, Ana no quería hablar de nada, o tal vez, no sabía como empezar. Pero esta vez, rompería esa espesa bruma, con un toque sutil. Fue como ver al vacío por el barranco para después cerrar los ojos y dejarse ir. Sencillo como tomar una decisión, como girar un picaporte que no tiene seguros. —Nunca aprenderemos de esto, ¿verdad? A donde dirija la mirada aprecio personas que están más preocupadas por comprar un regalo, por tomar unas vacaciones, ir a la fiesta del amigo. No se dan cuenta que cada paso irresponsable que dan, cuesta vidas. Cuesta familias rotas, como la nuestra.— Y estalla en llanto, un llanto que hace tiempo se había atorado en el nudo de su garganta y que probablemente era el causante de tanto ahogo a su interior.

—Te entiendo An, a mi también me da coraje, he perdido al amor de mi vida— Con palabras entrecortadas continúa.— Pero a veces, el coraje An, se pone frente a nuestros ojos y nos impide tener contacto con otras cosas que no son tan malas, que nos nutrirían si las pudiéramos hacer nuestras. Que nos harían sentir esperanza si fuéramos conscientes que están pasando, también. ¿Recuerdas al sr. Fede de la frutería? —An asiente con la cabeza— Pues Enrique de la 45b le presta su camioneta todos los días para que haga las entregas y con ello mantenga algunas ventas. También Susana de la 2a, cuida de los niños de los Ramírez para que no se queden solos mientras sus padres van a trabajar. El vecino de la 32, que siempre hacía fiestas, ¿sabes cuál An? Ha decidido organizarse con sus amigos para llevar comida a los hospitales.—

—Esas pequeñeces no se comparan con perder a Papá.— Interrumpe.

—Lo sé An, nada se va comparar con haberlo perdido. Nada nos va a

regresar los días a su lado. Tenemos los recuerdos que nos dejó y el murmullo de sus enseñanzas. Pero An, ¿no estaría más feliz de vernos vivir, que morir con él? Tenemos aún muchas experiencias nuevas por crear, sí, con la nostalgia de no poderlas compartir con él pero eso será pasajero y después sabremos sentir la inmensa felicidad de estar viviendo con su compañía, nuevamente; sonriendo, comiendo, disfrutando, conociendo... como él nos enseñó que se caminaba por el mundo— cierra su madre mientras An deja escapar el mar por sus ojos y se funde en los brazos de su madre.

—Por fin se fue el 2020 An, ojalá que no vuelva pero también que nunca nos deje.